

Silvia Marta Lignini Vassolo

O LA EMOTIVA OBSESIÓN ESTÉTICA DE LA IMAGEN TRAS LA CÁMARA

POR VÍCTOR NAVA MARÍN

Gracias al admirable invento de Vögen hanse
aclarado las mejillas, y se han oscurecido como
debían el cielo y las violetas.

SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL, *La fotografía de los colores*.

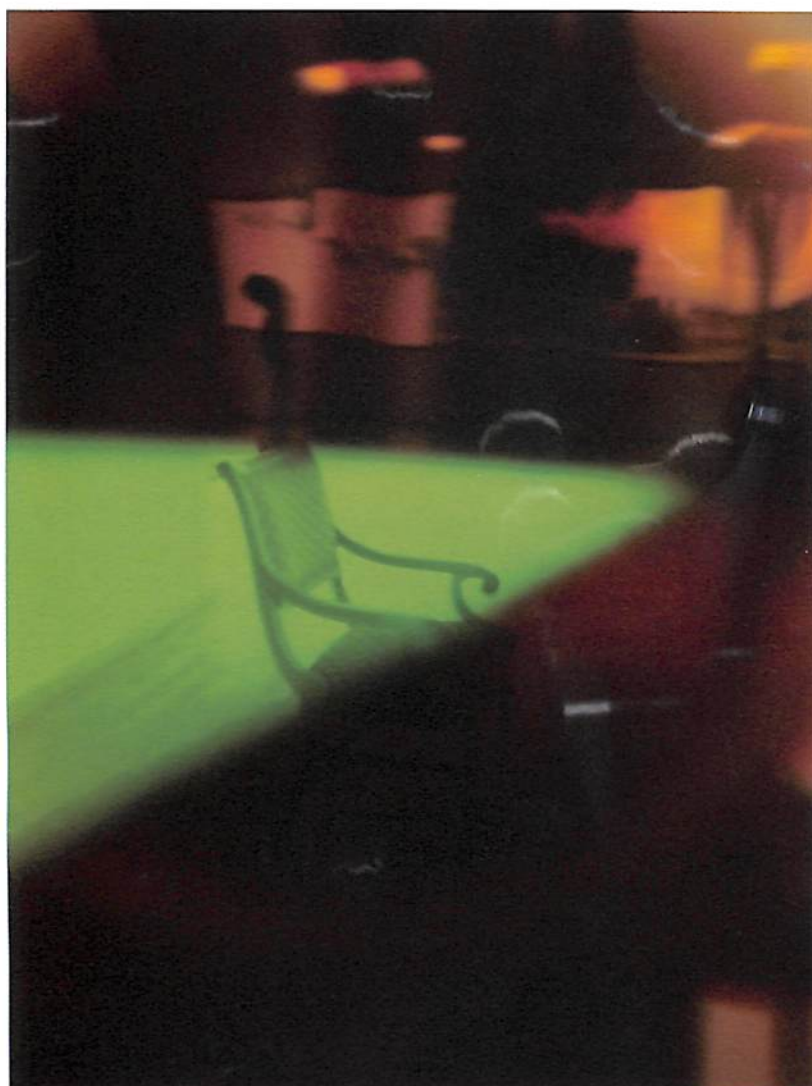
La fotografía, ese invento derivado del efecto físico que se produce en la “simplicidad” de una cámara oscura, y bajo cuyo principio (descubierto en el siglo XVIII por Schultz) Niepce y luego Daguerre, en el siglo XIX, lograran imprimir por primera vez la imagen permanente, poco a poco, en analogía (limitada) con la pintura, el dibujo y el grafismo, adquiriría carácter estético, mediante el “procedimiento de impresión noble”, gracias a los tratamientos técnicos y químicos, y posteriormente en la digitalización; carácter que le ha valido un lugar en la historia del arte, como un medio nuevo y creativo capaz de capturar y desvelar lo bello, más allá, incluso, de la capacidad visual humana. De ello han dado cuenta, en distintos lugares y épocas, cautivadores testimonios fotográficos de verdaderos artistas de la lente, cuya emotividad expresiva se proyecta nítidamente en cada imagen por ellos creada.

Una de tales artistas, no cabe duda, lo es Silvia Lignini, fotógrafa sui géneris de origen argentino, quien, conocedora a fondo del ínsito secreto

de la cámara, de la técnica cromática, de la teoría de la iluminación y de la refringencia, busca —y logra—, sin banales desplantes pseudoartísticos, impelida más bien por un vital y placentero sentido esteticista, elocuentes y sugestivas fotografías que re(velan) y obligan a ver aquello que es ópticamente bello o expresivo.



La elección del punto de vista y del objetivo es para ella la clave que le permite captar, en el momento “luminoso”, la muda magia de las imágenes, a las que define y da vida en el ámbito de la luz y de la sombra. Sí, en cada encuadre, Silvia aplica lo que sabe; no recurre a la casualidad (por medio de un centenar de tomas) ni apela al subterfugio aleatorio para obtener la foto



“deseada”; prepara eso sí, con habilidad y deliquio, su imprescindible cámara, y, serena, aguarda el preciso instante, con la seguridad de lograr lo que planea. No siempre, sin embargo, consigue el objetivo, pues no siempre es posible reunir condiciones adecuadas, lo que da dimensión de la difícil facilidad que llega a tener el trabajo fotográfico profesional y creativo.



Mas, en tratándose de Silvia, es posible advertir, además de un dominio técnico, una clara sensibilidad estética y un profundo sentimiento humano que le permiten *descubrimos*, bajo la luz y la sombra, los efectos de la belleza explícita o implícita del mundo inapacible, de la naturaleza y de las cosas, así como los estados del alma que reflejan ciertos rostros aparentemente impenetrables.



Belleza y estados que pasan a formar parte de ese discurso visual que hace situar físicamente al fruidor de una fotografía en el entorno, y lo lleva a aceptar, junto con Jaime Moreno Villareal, que “la realidad es más rica cuando se la inventa”.

Breves pero bien pensadas y convencidas, las anteriores palabras valoran y reafirman la admirativa impresión que tengo por esta singular artista de la cámara, quien ha enfocado muchas veces su lente para capturar y exaltar



visualmente las bellezas naturales mexiquenses y la transparencia de los rostros que le despiertan su atención, como lo muestran las vívidas imágenes plasmadas en las fotografías que se incluyen en este *dossier* que tan merecidamente le dedica ahora *La Colmena*, y que no son más que una pequeña prueba de lo que es capaz de lograr, a través de su lente, esta artista argentina tan entrañablemente arraigada al suelo mexicano. LC







LA COLMENA 53, cuatro-marzo 2007.